

65 años de vida
cuaderno 2/2009/vol.106

vr

Acoger y acompañar en la vida consagrada

vida religiosa
monográfico

cita un texto o una ley, de ahí que la personalización de la fe está exigiendo – para todos – una auténtica revolución en nuestras convicciones.

Así como la escritura nos regala múltiples encuentros de Jesús con caminantes y mujeres; pescadores y enfermos; ancianos y niños... y en ellos descubrimos que cada uno se plantea una vida nueva, en la dinámica de la Iglesia viene a darse algo similar. Cada creyente y cada consagrado descubre su lugar desde ese encuentro personal con Jesús, el Señor.

En todo acompañamiento deben darse, al menos, estos contenidos: experiencia de encuentro personal con Cristo, decisión de entrega de la propia vida, compromiso vocacional, cambio de vida y experiencia de Misión.

El acompañamiento parte de una necesidad: uno pide ser acompañado. Pero también de una ofrenda: uno debe proponer este camino de crecimiento y formación espiritual. Conscientes de que sin esa experiencia personal de encuentro con Jesús, no se llega a una verdadera asunción de las consecuencias del seguimiento, nuestra principal estrategia de misión es, y debe ser, el acompañamiento espiritual. Pretender que cada persona se encuentre con Cristo no complica nuestras líneas de servicio evangelizador. Más bien simplifica, porque nos permite centrar los esfuerzos en las necesidades reales de la transmisión de la fe.

VR ha hecho una selección de núcleos referidos al acompañamiento en la vida consagrada desde la perspectiva doble de acompañante y acompañado, sencillamente porque es una necesidad para aquellos que han decidido entregar la propia vida.

Luis Alberto Gonzalo Díez
Director

Redacción: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid.
Tel.: 915 401 262. Fax: 915 400 066. E-mail: vidareligiosa@claret.org
Depósito Legal: M-2.582-1.958. ISSN: 0211-9749

ÍNDICE

- 04** ¿Por qué volver hoy a reflexionar sobre el acompañamiento de las personas consagradas?, *Consuelo Junquera*
- 14** “Sacando del arcón lo nuevo y lo viejo”, *Domenico Di Raimondo*
- 22** La dinámica de la relación en el acompañante formativo-espiritual, *Josu M. Alday*
- 27** Tipos de ayuda en el acompañamiento, *Jesús Sastre García*
- 43** Perfil del acompañante, *Luis Ángel de las Heras*
- 52** Acompañamiento en la pastoral vocacional, *Juan Carlos Martos*
- 61** Acompañamiento en las distintas etapas de la formación, *Luis María García*
- 71** Acoger y acompañar en la vida consagrada, *María Ángeles Contreras*

Suscripciones: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid.
Tel.: 915 401 238. Fax: 915 400 066. E-mail: pcl@planalfa.es
Precios 2008: España - Europa: 53 euros. Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 84 euros ó 93 USD.
Otras naciones: 57 euros ó 63 USD. Números sueltos: 3,50 euros ó 4 USD + gastos de envío.

1 La historia de la espiritualidad cristiana muestra que esta función de 'dirección espiritual' o acompañamiento no ha sido atributo exclusivo de sacerdotes o religiosos (Cf. G. THILS, *Santidad cristiana*, Salamanca, 1965, 4ª ed., p. 537). Por fortuna, en la actualidad los estudios recientes y, sobre todo la praxis, confirman y promueven esta diversificación de acompañantes.

2 Cf. G. ARANA, *El acompañamiento espiritual durante el desarrollo del ministerio*, en "El acompañamiento espiritual en la vida y en el ministerio del sacerdote", Sevilla, 2001, p. 56.

3 Cf. L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, *Discernir la llamada. La valoración vocacional*. San Pablo, 2008, p. 218.

4 Dentro de la inmensa bibliografía sobre el tema, me limito a citar la obra del cisterciense A. LOUF, *La grâce peut davantage. L'accompagnement spirituel* (Desclee de Brouwer, París 1992), y el artículo, de clara impostación ignaciana, de P. VAN BREEMEN, «Acompañamiento espiritual hoy»: *Manresa* 68 (1996) 361-377.

5 Cf. GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. Mª., *Afectos en desorden. Los varios autoengaños en la virtud*, Col. "Frontera-Hegian" n. 24; Instituto teológico de Vida Religiosa, Vitoria, 1999.

6 Cf. J. SASTRE, *El discernimiento vocacional*, Ed. San Pablo, Madrid, 1996.

7 Es el primero de los trabajos de la pastoral vocacional. Cf. *Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiásticas. Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 33.

8 Cf. GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. Mª., *Acompañamiento y discernimiento vocacional*. Todos Uno 11 (1992) 5-32; J. SASTRE, *Acompañar*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2002. Actualmente contamos con una inmensa bibliografía que, afortunadamente, responde a una praxis en progreso ascendente. Sugiero tan solo a esos dos autores merecedores de consulta por la fundamentación y difusión de sus trabajos y, también, haberse involucrado en la Pastoral Vocacional:

9 Cf. E. FRANCO, *El acompañamiento vocacional en Misión Joven* 131 (1987) pp. 21-30.

10 Un desarrollo detenido de esas etapas se encuentra en mi libro *Abrir el corazón. Animación vocacional en tiempos difíciles y formidables*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2007, pp. 183-223.

11 Cf. MISIONEROS CLARETIANOS, *Directorio Vocacional* nn. 158-162, donde se ofrece un guión para la praxis de la lectio divina vocacional.

12 Cf. K. RAHNER-H. VORGRIMMER, *Diccionario Teológico*, Herder, Barcelona, 1966, p. 303.

13 Cf. JUAN MARÍA URIARTE GOIRICELAYA, *Un presbítero ante la pastoral vocacional*, Vida Nueva 2.558 (2007) pp. 23-30.

14 Cf. *Renovationis Causam*, 4 del año 1969. Este criterio se ha venido manteniendo como criterio fundamental de clarificación vocacional en la praxis pastoral.

15 Cf. C.R. CABARRUS, *Seducidos por el Dios de los pobres: los votos religiosos desde la justicia que brota de la fe*, Nancea, Madrid, 1995. Junto a él otros autores interpretan muy acertadamente el conjunto total de la vocación desde esta clave de "seducción".

16 CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Orientaciones sobre la formación en los Institutos Religiosos*, n. 8.

17 Toda esta temática la desarrollé ampliamente en MISIONEROS CLARETIANOS, *Iniciación en la vida misionera. Manual del Novicio Claretiano*, Prefectura General de Formación, Roma, 2002, pp. 65-86.

18 Cf. Pablo VI, *Summi Dei Verbum* (4 noviembre 1963).

19 Son muchos los autores que han tratado este tema fundamental en el discernimiento. Por su claridad pedagógica y su buena fundamentación sugiero la lectura de JESÚS M. ALDAY, *La vida consagrada. Aspectos antropológicos, psicológicos y formativos*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2004, 137-157.

20 Cf. A. CENCINI-A. MANENTI, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*. Paulinas, México, 1988, p. 348.

21 Cf. J. DE SAHAGÚN LUCAS HERNÁNDEZ, *La vida sacerdotal y religiosa*, Atenas, Madrid, 1986, p. 85.

22 Cf. CIC c.c. 642-643.

23 Cf. J. R. ALEGRE, *Bases humanas de maduración vocacional*. Todos Uno 121 (1995) pp. 11-63.

24 Cf. A. APARICIO (ed.), *La vida religiosa. Documentos conciliares y posconciliares*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1990 2ª. Aparte del valor que tuvo *Renovationis Causam* mientras estuvo vigente, hacemos aquí mención de *Orientaciones para la formación en los institutos religiosos* n. 34, que a su vez, se hace eco de criterios ya presentados en el n. 11 de *Optatam Totius*. Pero no son los únicos referentes, aunque sí relevantes.

25 Cf. CIC c. 643.1.

26 Cf. E. MARTÍNEZ, *¿Sabéis si son aptos? Criterios para la observación de la madurez psicológica*. Studium 35 (1995) pp. 389-399.

27 Cf. CIC c. 643.1.

28 Cf. CIC c. 643.2.

29 Cf. A. CENCINI-A. MANENTI, *Psicología y formación. Estructuras y dinamismos*, Paulinas, México, 1994. En pp. 149 y siguientes desarrolla ampliamente este tema.

ACOMPANIAMIENTO EN LAS DISTINTAS ETAPAS DE FORMACIÓN

Luis María García, sj

El acompañamiento durante la formación del religioso tiene distintos acentos y matices. Luis María García nos invita a profundizar y a reflexionar sobre los aspectos más importantes hasta el objetivo último de todo proceso de formación: la configuración con Cristo.

En estas páginas se recogen esquemáticamente los acentos propios de un acompañamiento formativo que tiene en cuenta los objetivos de las distintas etapas de la formación. Pero esta síntesis tiene su dificultad, porque todo acompañamiento formativo ha de ser personalizado, muy atento a la situación de la persona concreta, y medido según categorías de crecimiento espiritual asimilado por cada individuo. Este es, podríamos decir, el polo subjetivo de todo acompañamiento formativo. Y no habrá una buena formación si no se acompaña a una persona con su historia y su estilo de carácter, con sus limitaciones y sus potencialidades propias, si no se verifica su real situación inicial y su aprovechamiento progresivo, si no se consideran sus crisis y no se potencian sus capacidades reales.

LA REFERENCIA FORMATIVA ES EL EVANGELIO DE JESUCRISTO LEÍDO SEGÚN EL CARISMA PROPIO

Pero, al mismo tiempo, y en tensión dialéctica con dicho polo subjetivo, hay que mantener el que podríamos llamar polo objetivo del acompañamiento, que consiste en una referencia clara del final del proceso de formación, que es el ideal evangélico y carismático de la vocación, y que incluye la comprobación de que la persona crece y madura en relación a esos valores propios de su vocación (y no respecto a otros cualesquiera valores, por sublimes que puedan ser). Por lo tanto, tampoco habrá buen acompañamiento formativo si éste ignora el paso por la objetivación de los valores propios de la vocación, como por ejemplo la pobreza, la castidad y la obediencia tal y como las entienden la Iglesia y el Instituto particular; si no se propone y se verifica el progreso en una vida comunitaria conforme a las constituciones propias; si no se contrasta el sentimiento de crecimiento y realización del sujeto con las características de la vocación a la que dicha persona particular está siendo llamada; si no se procuran practicar las virtudes específicas del carisma.

Por lo tanto, la referencia formativa del ideal al que tiende toda formación de la vocación consagrada no lo marca el sujeto, sino el evangelio de Jesucristo leído según el carisma propio; aunque solamente la consideración concreta de la situación y de las posibilidades de cada persona, así como del ritmo de su capacidad de internalización, pueden garantizar que la formación favorezca la verdadera consistencia vocacional, sin apresurar en el candidato la aparición de comportamientos postizos de apariencia madura que a largo plazo resultan superestructuras inconsistentes.

Esta atención a los dos polos lo pretende una formación vocacional concebida como un pro-

ceso prolongado, en el que se elabora y cuida una trama que se va tejiendo paulatinamente y que ha de ser continuada por los formadores de las distintas etapas, en sus distintos roles. Los objetivos y contenidos de los distintos programas de formación, elaborados en el marco de las indicaciones de la Iglesia¹, se han de inscribir en un acompañamiento en proceso. Pues un programa es sólo un instrumento en manos de los formadores, y no constituye por sí mismo una formación en proceso.

LAS ETAPAS INICIALES: HACIA LA PRIMERA PROFESIÓN

El candidato, el postulante y el noviciado tienen cierta unidad de objetivos escalonados hasta la primera profesión. Los temas principales de estas etapas parecen ser el discernimiento vocacional, la experiencia de Dios, el ejercicio de la propia vocación y el conocimiento de sí. Así se fundamenta una inicial integración entre la vocación de Dios, el Instituto concreto y la persona particular.

DISCERNIR LA VOCACIÓN

El descubrimiento de la vocación implica siempre el adentramiento en un misterio (el Misterio), por más que muchas mediaciones posibiliten, favorezcan y parezcan explicar esa vocación. La vida cristiana en familia y en la parroquia, la catequesis o la educación, los testigos y modelos de identificación, las experiencias religiosas de cualquier tipo, la pastoral vocacional, así como otras muchas posibles, constituyen mediaciones que solamente serán válidas si favorecen una experiencia personal que sucede en lo más íntimo del corazón humano donde Dios sigue hablando. En tal

experiencia, el sujeto siente que Alguien le llama personalmente a un modo de vida totalizador; y sólo esa experiencia convierte en vocacional cualquiera de las mediaciones aludidas. Pero una vez reconocidas las primeras señales de vocación, el sujeto está invitado a hacer un discernimiento vocacional más riguroso, acompañado por otra persona que le ayude a entender y a responder adecuadamente a esa llamada de Dios².

LA EXPERIENCIA DE DIOS

La primera experiencia que el sujeto con vocación debe cuidar (y su acompañante facilitar y verificar) es justamente esa apertura al misterio que está detrás de tantas mediaciones vocacionales, de modo que se pase del mensajero al mensaje, del anuncio al anunciado, del significativo al significado. Para eso el acompañante debe educar para un silencio tranquilo, abierto y orante. Un silencio que permite la percepción de los movimientos interiores, el conocimiento de sí, la novedad de mociones espirituales que han de ser discernidas para encontrar el sentido de la nueva vida comenzada.

En dicho silencio creyente se escucha cada vez de modo más armonioso la música callada que invita a la acogida y encuentro con Otro. El silencio se convertirá en oración devota y cristiana, personalizada en el diálogo, con cierto grado de método, con un compromiso de perseverancia. Por eso habrá que cuidar el entorno de la oración, el ambiente que la favorezca, distintos métodos para orar, la preparación de su contenido, el discernimiento cotidiano de lo que sucede en ella. Todo ello puede favorecerse con algunos cursillos y talleres, pero sobre todo con el ejercicio práctico y cotidiano. Aquí encuentra su sentido un horario disciplinado, la auste-

ridad en el uso de los medios de comunicación y de las relaciones, el silencio a determinadas horas, el uso de los espacios. La lectura espiritual ayudará a preparar ese encuentro con Dios, a entenderlo y gustarlo. La liturgia y los sacramentos, especialmente una eucaristía consciente y cuidada, actualiza y renueva el encuentro vivo con Dios.

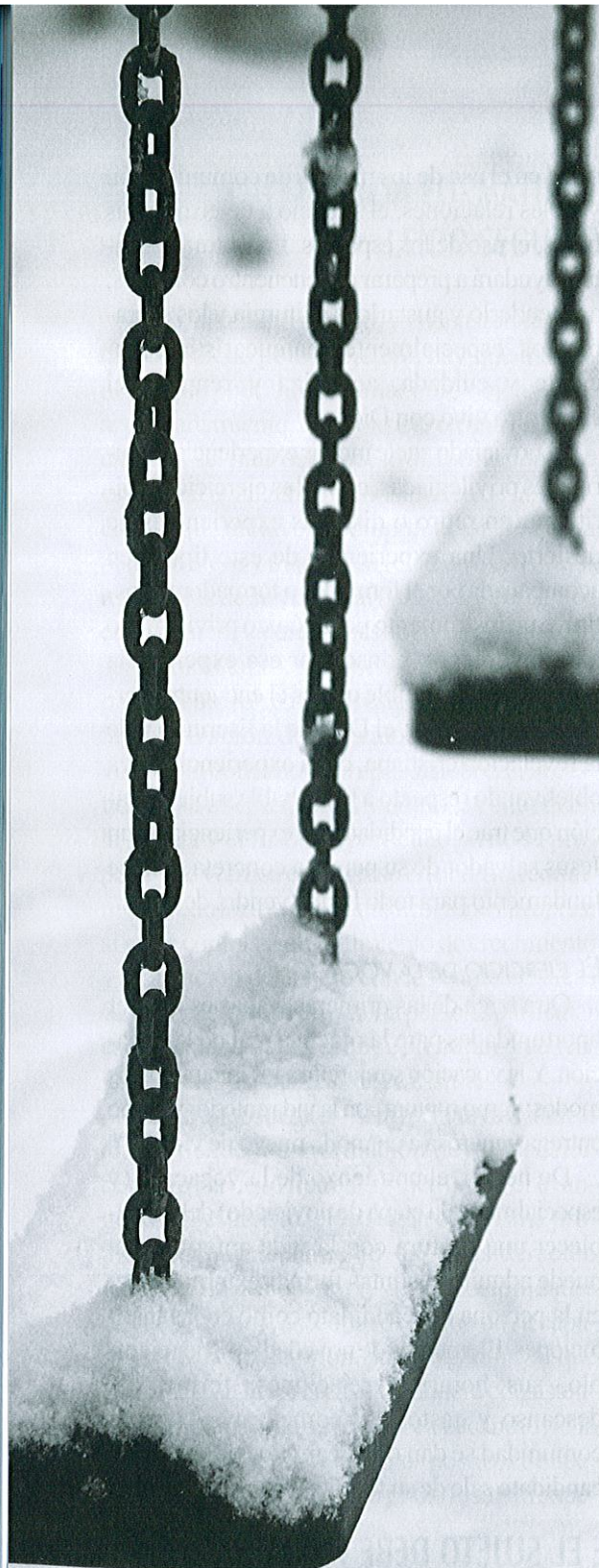
El noviciado suele incluir experiencias espirituales privilegiadas, como los ejercicios espirituales en retiro o distintas experiencias de desierto. Una experiencia de este tipo bien acompañada por el formador o formadora constituye un instrumento pedagógico privilegiado para favorecer y consolidar esa experiencia espiritual insustituible que es el encuentro personal con el Señor, el Dios de la Escritura y de la revelación cristiana, cuya experiencia se va objetivando respecto a la probable subjetivización que trae el candidato. La experiencia de un Jesús salvador de su persona concreta se hace fundamento para todo lo que vendrá después.

EL EJERCICIO DE LA VOCACIÓN

Otra tarea de las primeras etapas es ofrecer oportunidades para la práctica real de la vocación. Y la vocación se ejercita a los inicios en dos modos: como ruptura con la vida anterior y como entrega generosa a un modo nuevo de vida.

De hecho, el comienzo de la vocación (y especialmente la etapa de noviciado) debe establecer una ruptura con la vida anterior, que puede adquirir distintas formas externas tanto en la persona del candidato como en las instituciones. Elementos de novedad son, por ejemplo, sus horarios, relaciones, formas de descanso y gastos. Al comenzar a vivir en comunidad se dan otros cambios objetivos: el candidato sale de su familia y su tierra, cambia

LA PRIMERA EXPERIENCIA QUE EL SUJETO DEBE CUIDAR ES LA APERTURA AL MISTERIO



de domicilio postal, de teléfono, deja su casa, su habitación, quizá un trabajo, muchas relaciones y amistades sus modos de descanso, con más deporte y menos coca-cola, más paseos por el parque y menos salidas nocturnas.

Estas y otras renunciaciones pequeñas o grandes (sea el ordenador personal, el teléfono móvil, el coche particular o el simple horario común) son propuestas culturalmente disonantes que expresan esa ruptura necesaria. Esta ruptura es ofrecida por la institución para facilitar experiencias fundamentales de la experiencia cristiana, como es la conversión, el camino por el desierto, la purificación, la muerte del hombre viejo. Pero esto no siempre lo detecta el novicio. Habrá que ayudarlo a verlo, como también que la abnegación del amor propio no es el objetivo último, y sólo pretende poner las bases para el encuentro con Dios y el ejercicio fundamentado de la virtud.

Después de una profunda experiencia de Dios se puede ejercitar la vocación en distintos modos de servicio a los demás, sean enfermos, ancianos, niños, inmigrantes o desplazados. Se trata de que estas experiencias no sean sólo de servicio, ni de probación. Se trata también de contemplar a Dios en el dolor, de sentirlo en la injusticia o la explotación, de percibirlo en medio de circunstancias que agitan al candidato o novicio; al llevar a la oración esas experiencias se busca a Dios también en los límites, ante situaciones humanas nada fáciles de entender.

Otra tarea del ejercicio de la vocación es ir pasando de la necesidad del grupo al sentido verdadero de comunidad. La existencia de un grupo significativo de personas en formación puede favorecer una experiencia de grupo humano como espacio de interacción, de colaboración y de conflicto, de espacio lúdico y de lugar de exigencia, de hogar y de taller. Pero el grupo se forma a través de etapas necesarias, que suelen empezar por una amable acogida y convivencia inicial, pero continúan por distin-

tas fases de luchas y conflictos, hasta cuajar en una comunidad de colaboración y participación entre iguales. El conocimiento mutuo, la adecuada expresión de las dificultades de convivencia, la corrección fraterna, la celebración del perdón, los primeros intentos de discernimiento en común de mociones espirituales, la colaboración apostólica, la oración en común y otros medios pueden favorecer la elaboración de las dinámicas humanas y espirituales que se implican en todo grupo humano vivo.

IMAGEN DE SÍ Y NUEVA IDENTIDAD

Una importante tarea de las etapas iniciales (que, como otras, queda abierta a las siguientes fases) es la del propio conocimiento, que constituye sin duda una de las bases del progreso espiritual, como afirman muchos maestros espirituales y se recoge en todos los documentos de formación. El propio conocimiento no es un fin, sino un medio; y resulta más rico después de tener cierta experiencia de Dios y del mundo, pues de ellas saldrán cuestiones existenciales sobre la propia vida, las capacidades y limitaciones. El encuentro y reconocimiento del pecado propio suele ser un momento privilegiado de reconstruir una nueva imagen de sí. El pecado se conoce mejor después de haber sentido la misericordia divina; de este modo, es el encuentro con el Dios misericordioso el que abre a la posibilidad de un propio conocimiento más cierto, pues uno se mira a sí mismo como Dios lo mira. Un aspecto central en estas etapas es discernir las raíces de la propia motivación (necesidades psíquicas, valores evangélicos) y de percibir los medios ordinarios de ocultamiento de esas motivaciones profundas.

UN ASPECTO CENTRAL ES DISCERNIR LAS RAÍCES DE LA PROPIA MOTIVACIÓN

En resumen, las etapas iniciales deberían iniciar y consolidar algunos rasgos. La experiencia de Dios quedará suficientemente fundada y guiada por la práctica de un discernimiento de las mociones divinas y de las propias mociones. El que hace su primera profesión ha de tener un suficiente conocimiento de sus motivaciones básicas, de sus recursos principales y también de algunas tretas o mecanismos defensivos que le llevan a probables autoengaños. Finalmente se le ha de suponer una cierta ilusión apostólica y religiosa, con el deseo de continuar la formación en la siguiente etapa.

RIESGOS Y OPORTUNIDADES

Las etapas de iniciación tienen, generalmente, una carga formativa muy grande, incluyendo muchos contenidos teológicos y espirituales, y el candidato o la candidata pueden vivir con un cierto fundamentalismo ingenuo, creyendo que este primer ejercicio de la vocación es un estilo definitivo. Pero la formación en proceso no ha hecho más que empezar y se requiere un largo recorrido, con crisis incluidas, para hacer madurar la vocación. Por lo tanto la tarea final de la formación inicial es dejar la formación inconclusa y abierta a los cambios propios de las etapas siguientes, para profundizar un cambio interior profundo, mucho más difícil que el cambio exterior ya efectuado. Otro peligro durante estas primeras etapas es la complacencia, en cuanto acomodación no personalizada al nuevo modo de vida. Complacencia es adoptar comportamientos externos aprobados por el grupo del que forma parte, o por sus formadores, para no asumir el riesgo de la censura.

UNA FORMACIÓN TEOLÓGICA Y/O CIVIL, LARGA Y PROFUNDA, ES UNA INVERSIÓN A LARGO PLAZO

Pero estas primeras etapas están llenas de posibilidades para el ejercicio de la vocación recién descubierta y asumida. Los candidatos y candidatas también asumen su respuesta a la vocación como pobreza, en cuanto desaparecen muchas de sus seguridades anteriores, sus referencias habituales, su libertad en el manejo de las cosas y de su tiempo. Y el ejercicio voluntario y generoso de esta pobreza, querida y abrazada personalmente para imitación de Jesucristo, ayuda a la mayor libertad de quien aspira a vivir de sólo Dios.

ETAPAS DE CRECIMIENTO: ESTUDIOS Y TRABAJO DURANTE LA FORMACIÓN

Son etapas de crecimiento las que siguen a la primera profesión. Generalmente son etapas dedicadas al estudio y a la primera actividad apostólica dentro del Instituto, realizadas en casas de formación o en comunidades de vida activa. Para la vida monástica es un momento de mayor inserción en la vida de la comunidad, de una equiparación en cierto plano de igualdad con los demás monjes o monjas.

LOS ESTUDIOS

Los estudios realizados en este período, sean civiles o eclesiásticos, han de vivirse con una dedicación profesional, exigente, en donde el rigor científico y metodológico sea equiparable al de cualquier estudiante serio del entorno, según las capacidades de cada cual. Un primer objetivo del estudio en estas etapas, por lo tanto, es sencillamente estudiar responsablemente, como becarios que se exigen a sí mismos y como pobres que agradecen una oportunidad. Un estudio que, como en cualquier profesión, implica austeridad y monotonía. Pero los estudios son también una oportunidad que el con-

sagrado tiene para establecer un diálogo con el mundo actual, una ocasión de abrir una ventana y mirar con detenimiento a lo que sucede en el área del saber que le toca explorar, que pone en juego su propia visión de fe y de consagrado.

La dedicación académica e intelectual a ciencias eclesiásticas o a saberes profanos pide muchas veces una ayuda pedagógica complementaria a la docencia universitaria. Por eso a cualquiera puede beneficiar mucho una tutoría de estudios, una orientación académica que cuente con las capacidades e intereses del estudiante en formación, que ofrezca mejor los contextos religiosos del estudio académico, que ayude a una integración sapiencial del saber; y que no olvide incluir los detalles pequeños de los recursos concretos, como la iniciación a los métodos de estudio, la orientación de lecturas, los seminarios de debate o repaso, y el simple ejercicio de redacción.

A veces parece que no a todas las jóvenes religiosas se les ofrecen siempre estas oportunidades. La mujer occidental acude en masa a la universidad, y la mujer consagrada no siempre sigue esa dirección. Demasiados institutos femeninos reducen la formación de sus jóvenes a algunos cursos de ciencias eclesiásticas y carreras de ciclo corto claramente orientadas al trabajo inmediato en las obras de la congregación. Pero una formación un poco más larga y profunda, incluyendo la teología, es una inversión a largo plazo, que será de gran utilidad a los consagrados y consagradas del futuro.

La comunidad de estudiantes en la casa de formación permite distintos objetivos en esta etapa. Los jóvenes profesos no son necesariamente más proclives que los mayores a la comunión fraterna, por lo que formar comunidad es una tarea que exige esfuerzo en todas las

edades. Pero la comunidad de estudiantes es una comunidad real, que permite el ejercicio esforzado de muchos aprendizajes. Por eso el acompañamiento formativo puede proponerse claramente el objetivo del crecimiento en la vida fraterna. Además de compartir las tareas, se puede fomentar el intercambio libre, tanto organizado como espontáneo, la corrección fraterna, la ayuda mutua, la participación en la vida espiritual; se puede aprender un poco de discernimiento en común e iniciarse en el trabajo común en equipo apostólico.

La dedicación a los estudios en el Juniorado tiene, como es lógico, sus peligros. Desde el punto de vista intelectual, la tensión existe entre la integración o la dispersión. Desde el punto de vista de la motivación, la tensión está entre el estudio con recta intención (como misión del Instituto al servicio de la vocación) y el estudio por propio interés (por promoción personal, por realización propia o por adquirir un status social). Sólo el acompañamiento personal puede, en este punto como en tantos otros de la formación, ayudar a descubrir la motivación profunda y a ordenarla en sólo el servicio de Dios.

TRABAJO APOSTÓLICO

Los jóvenes profesos suelen tener, después de un tiempo de estudios o durante el mismo, un tipo de misión apostólica de mayor entidad que los pequeños apostolados anteriores. Estas tareas están orientadas al crecimiento humano y apostólico del que la realiza (no al servicio de la obra), favoreciendo su integración espiritual y su maduración humana mediante la dedicación seria y responsable a esa actividad apostólica. Son objetivos de esta dedicación el desempeño responsable y creativo de una acti-

vidad, con eficacia y rigor profesional; la integración en el cuerpo real del Instituto como miembro activo; y la maduración humana y religiosa de joven profeso.

El acompañamiento de la actividad apostólica en tiempo de formación debería incluir tres perspectivas: una atención profesional para la orientación y evaluación de la actividad profesional encomendada; un acompañamiento espiritual para el discernimiento y para la orientación espiritual de su vida de oración y sacramentos, votos, relaciones, trabajo; y un gobierno religioso cuyo contenido central sea la misión encomendada y la integración adecuada de todas sus experiencias. Pero, además, este acompañamiento formativo conviene desempeñarlo sin ingenuidad, aplicando un discernimiento de espíritus más sutil que anteriormente³. Pues la eficiencia profesional y la capacidad de relaciones son muy de alabar en este momento, pero no agotan los objetivos que se buscan. La consistencia interna del profeso temporal no es garantizada por el mero ajuste social, profesional, o apostólico, generalmente fácil de lograr; sino que viene de una autenticidad vocacional que necesita de otros rasgos.

La etapa de trabajo debería empezar con los cimientos necesarios en el vigor religioso de la persona, manifestado en su hábito de oración; una suficiente madurez en el campo emotivo, psico-sexual y relacional; y la vivencia pacífica de las relaciones de autoridad. Antes o después el joven profeso se hallará confrontado con el realismo de los ritmos y obligaciones de un trabajo profesional exigente y la complejidad de la misión apostólica; y tendrá que adaptarse a personas y equipos, al desbordamiento organizativo y simplemente al cansancio físico.

LA CONSISTENCIA INTERNA DEL PROFESO NO ES GARANTIZADA POR EL MERO AJUSTE SOCIAL O APOSTÓLICO

MADUREZ = EJERCICIO INTEGRADO DE LAS DISTINTAS CAPACIDADES + TESTIMONIO EFICAZ + INTERNALIZACIÓN COMPROBADA

En el trabajo apostólico las relaciones humanas se hacen notablemente significativas: con compañeros laicos y religiosos, con subordinados y superiores, con jóvenes y adultos, con varones y mujeres, con individuos y familias; serán relaciones enriquecedoras y generalmente gratificantes. Aunque tales situaciones pueden ser ocasión inequívoca de testimonio personal de la propia consagración, otras veces pueden suscitar al religioso en formación interrogantes sobre el significado de esos momentos de encuentro interpersonal y distensión, de reposo y desahogo, donde disfruta la experiencia de acoger o de sentirse acogido, de escuchar o de ser escuchado, de apoyar o de ser apoyado. Todo eso es ocasión de una madurez afectiva de la persona consagrada, para quien la soledad del corazón constituye también la oportunidad para un amor más cercano y afectivo a Jesucristo y para un ejercicio de la castidad apostólica y relacional como signo y testimonio de una integración lograda; tal podría ser el voto central de esta etapa.

Algunos peligros de las etapas de crecimiento pueden venir por el fracaso académico, el desbordamiento en el trabajo, el sentimiento de sobrecarga. Otro tipo de peligro, al contrario, sería el de la superficialidad, la falta de rigor profesional o la dispersión de energías, quizá por la búsqueda de éxito inmediato. Otro peligro es la búsqueda de la autorrealización en el desempeño de un rol profesional o social. Pero la gran oportunidad de esta etapa es la de personalizar esa nueva identidad que en las etapas iniciales se vivió quizá con un cierto idealismo ingenuo y con una identificación no del todo madura.

HACIA LA INCORPORACIÓN DEFINITIVA

Tras haber alcanzado los objetivos de las etapas anteriores viene la consolidación de una madurez existencial de la persona consagrada, que consiste en el ejercicio integrado de las distintas capacidades de que dispone el sujeto, el testimonio eficaz de la propia vocación, el ejercicio de la internalización comprobada.

Las etapas previas a la incorporación definitiva pueden incluir estudios complementarios, un tiempo fuerte de formación final (o segundo noviciado) y el destino apostólico definitivo. El religioso candidato al sacerdocio tiene ante sí, además del estudio creyente de la teología, la tarea de integrarse en el presbiterado de la Iglesia. Su condición de religioso sacerdote añade a todos los requisitos de la formación para el presbiterado una especificidad carismática, que a veces pueden convivir en cierta tensión. Pues ya no será sólo un religioso carismáticamente profético dentro del pueblo de Dios; sino también un presbítero de la Iglesia, que la representa y actúa en su nombre, siempre en adecuada comunión con su obispo.

El recorrido de la formación inicial culmina con la profesión perpetua, que actúa y confirma una elección de vida: muchas oportunidades se cierran definitivamente, pero el amor se concreta en este modo de seguimiento. Pues en la profesión se expresa la decisión personal de asumir un compromiso con Dios y con el Instituto en situaciones espacio-temporales determinadas y en cierto modo limitadas; pero la profesión también dispone al sujeto a cualquier misión futura con total indiferencia espiritual y libertad interior. De alguna manera, esta etapa final privilegia el voto de obediencia; es el

momento de la renuncia pacífica, del ordenar todo (el mundo interior y la actividad exterior) a Dios y a su Reino, de disponerse a ser instrumento del Padre en las manos de la mediación del Instituto. Pero todo ello de manera generalmente muy sencilla y nada espectacular a los ojos de los otros; sino en la estabilidad humilde y fiel de la madurez existencial, resultado de la serena integración de las propias potencialidades en el seguimiento de la vocación.

CRISIS Y CRECIMIENTO

Los abandonos de la vida consagrada durante la formación o en el tiempo inmediato a la incorporación definitiva interpelan a la formación y a la vida consagrada toda. Para algunos, la causa de esto es la inadecuación (el gap) del Instituto a su carisma original, por lo que cada Instituto hará bien en revisar su estilo de vida (en la comunidad y las relaciones, la misión y las actividades, las estructuras y las instituciones) para encarnar con más fidelidad el carisma e integrar mejor a sus candidatos⁴.

Pero una perspectiva intrapsíquica encuentra que la mayoría de los abandonos no parecen el resultado de opciones muy maduras⁵. Por eso hay una serie de crisis vocacionales que pueden reflejar procesos mal cerrados, etapas inconclusas, en las que subyacen fácilmente la complacencia psicológica o una identificación adolescente que no ayuda a madurar la vocación⁶. Este tipo de crisis no parece siempre saludable ni su evolución está garantizada en ningún modo, incluso con un buen acompañamiento.

Pero el acompañamiento formativo debe insistir en las actitudes que disponen a un cambio personal de la persona en formación. Se

muestra tal cambio al pasar de las preguntas sobre los demás ("¿Por qué tal hermano / hermana vive tan contrariamente a nuestra vocación? ¿Por qué nuestra institución no es más evangélica?") a las preguntas sobre sí mismo ("¿Qué puedo hacer yo para cambiar, para vivir con más autenticidad el carisma que me atrajo a este modo de vida?"). Este tipo de persona se encuentra consigo misma en verdad, se acepta ante Dios en pobreza y humildad, y se dispone con obras eficaces a caminar junto a su comunidad por un camino de autenticidad⁷. Y está en el buen camino de internalizar su vocación; mientras que la primera, aunque no equivoque el diagnóstico, parece simplemente exteriorizar en la institución sus propias dificultades, por lo que no puede implicarse en el cambio de sí misma.

La maduración formativa es siempre un cambio cualitativo. Numerosos teóricos del desarrollo humano han formulado que todo crecimiento humano se alcanza a través de etapas pautadas por problemas que se deben afrontar (E. Erikson); mediante novedades en las estructuras formales del pensamiento (J. Piaget); o gracias a cambios estructurales en el modo de enfocar los problemas morales (L. Kohlberg)⁸. En definitiva, el crecimiento pasa por crisis necesarias que abren a la etapa siguiente y superior. Desde otra perspectiva, aunque en parte semejante, la formación vocacional se puede ver como un camino de trascendencia teocéntrica; pero la autotrascendencia (como afirma el enfoque de Bernard Lonergan) es fruto de una intencionalidad consciente y esforzada que debe superar cambios de nivel en sus operaciones internas. De esta manera el sujeto sólo crece a través de distintas conversiones⁹ en su camino de autotrascendencia.

LA MADURACIÓN FORMATIVA ES SIEMPRE UN CAMBIO CUALITATIVO

Por todo ello, los cambios operados por la formación en el sujeto no se pueden medir sólo como cambios acumulativos de saberes y habilidades; sino que se han de verificar como cambios estructurales internos a la misma persona, en los que la perspectiva del sujeto cambia, por lo que se afronta la realidad desde nuevos parámetros de comprensión y acción respecto a los que tenía el sujeto en la etapa precedente.

*

Hemos tratado de algunos aspectos formativos que se deben atender en el acompañamiento de las distintas etapas de la formación. Entrelazar sabiamente los dos hilos (el polo objetivo y el polo subjetivo) irá tejiendo una trama que dará consistencia a la vocación y que permitirá llegar a la vivencia serena y al testimonio eficaz de una vida humana y cristianamente plena. La persona en formación camina así hacia una configuración con Cristo, que es el objeto último de todo proceso de formación; y, a través de su seguimiento e imitación, desea culminar una vida como la de Jesús en el amor virginal, la pobreza despojada y la obediencia perfecta de quien entrega toda su vida¹⁰. Tal camino le acerca poco a poco a una humanidad plena en Cristo, hasta llegar al “conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Ef 4,13). ■

1 Código de Derecho Canónico, cánones 232-264 y 634-661; Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Orientaciones sobre la formación en los institutos religiosos*,

Publicaciones Claterianas, Madrid, 1990; Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, nn. 58-71; etc.

2 He presentado un plan sistemático para realizar un examen vocacional en Discernir la llamada. *La valoración vocacional*, San Pablo—U. P. Comillas, Madrid 2008, 21-55.

3 Que no sólo distinga lo malo de lo bueno, sino lo bueno de lo mejor. Las reglas de discernimiento de segunda semana de los Ejercicios ignacianos buscan desenmascarar el mal bajo apariencia de bien: Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, Sal Terrae, Santander 42004, nn. 328-336.

4 Un ejemplo de esta perspectiva, en P. Cantwell, *Why newly professed religious leave*: Review for Religious 62 (2003) 379-401.

5 Menos de un tercio de los abandonos durante la formación corresponden a opciones maduras, mientras que más de dos tercios se explican por el desconocimiento de las propias motivaciones: L. M. Rulla - F. Imoda - J. Ridick, *Antropología de la vocación cristiana*, 2. Comprobaciones existenciales, Atenas, Madrid 1994, 139-149.

6 Parece suceder tal cosa cuando una persona no encuentra en la institución el apoyo esperado; al no ver realizadas en ella las propias expectativas; al descubrir notables limitaciones en una institución inicialmente idealizada; al desanimarse por el mal ejemplo de personas consagradas; etc.

7 Un testimonio de este enfoque, en T. Emslie: *Why one younger religious stay*: Review for Religious 63 (2004) 316-322.

8 Pone en relación desarrollo y maduración de la fe: M. Diana, *Ciclo di vita e di esperienza religiosa. Aspetti psicologici e psicodinamici*, EDB, Bologna 2004. Aplica un esquema del desarrollo a la maduración en el amor célibe: A. Cencini, *Las etapas de la vida célibe*, en *Por amor, con amor, en el amor*, Sígueme, Salamanca 52004, 829-1090.

9 “La realidad fundante, que hay que distinguir de su expresión, es la conversión religiosa, moral e intelectual: B. Lonergan, *Método en teología*, Sígueme, Salamanca 1988, 261; cfr. pp. 231-238, 261-265, etc.

10 Cf. *Vita Consecrata* 23.

Com
con
pro
miento y d
religiosas e
tiéndonos
sobre todo
responsabl
pastoral y r
Cuando
sejo gener
animación
un mes, nu
las petición